

Se despertó plenamente consciente de su decisión: la gran decisión que había tomado mientras reposaba la noche anterior, tratando de dormir. Tendría que mantenerla sin flaquear si quería sentirse nuevamente como un hombre, como un hombre completo. Tendría que ser firme al pedirle el divorcio a su esposa o todo se perdería y nunca volvería a reunir el valor necesario. Ahora veía claro que, ya desde el principio mismo de su matrimonio seis años atrás, resultaba inevitable que las cosas llegaran a este estado.

Estar casado con una mujer más fuerte que él, más fuerte en todos los sentidos, no sólo era intolerable sino que lo convertía progresivamente, en un indefenso y débil ratón. Su mujer podía ganarle en todo, y lo hacía. Una atleta como era, podía derrotarlo con facilidad en tenis, en golf, en todo. Podía montar y patinar mejor que él; conducir un automóvil con más pericia. Experta en casi todo, le hacía parecer un torpe jugador de bridge, de ajedrez e incluso de póker, al cual jugaba como una consumada profesional. Y lo que era aún peor: gradualmente ella tomó las riendas de sus negocios y asuntos financieros y los llevó a una prosperidad económica que él jamás se hubiera atrevido a imaginar. No existía una sola faceta en la cual su ego, o lo poco que quedaba de él, no hubiera sido lastimado y golpeado durante los años de matrimonio.

Hasta ahora, hasta que Laura llegó. Dulce, delicada y pequeña, Laura estaba de visita en su casa y era todo lo contrario de su esposa: frágil y menuda, adorablemente indefensa y dulce. Estaba loco por ella y sabía que era su salvación. Casándose con Laura sería nuevamente un hombre. Estaba seguro que se casaría con él; tenía que hacerlo, era su única esperanza. Tenía que ganar, no importaba lo que su esposa dijera o hiciera.

Se bañó y se vistió rápidamente, temiendo la próxima escena con su esposa, pero ansioso de afrontarla con el poco valor que le quedaba. Bajó las escaleras y la encontró sola, desayunando en la mesa.

Ella levantó la vista, y comentó:

- Buenos días, querido. Laura ha terminado de desayunar y ha salido a dar un paseo. Le pedí que lo hiciera, para poder hablar contigo a solas.

Bien, pensó él sentándose en el lado opuesto. Su esposa notó lo que le ocurría y trató de facilitar las cosas trayendo el asunto a colación.

- William, quiero divorciarme. Sé que esto será un golpe para ti, pero... Laura y yo nos

amamos y vamos a marcharnos juntas, lejos de aquí.